

La capacidad para la confidencialidad: Topología de la intimidad y constitución psíquica



EMA PONCE DE LEÓN¹

La capacidad para la confidencialidad en las personas dice mucho de su tránsito personal en torno a la posibilidad de preservar lo íntimo y lo privado, de discriminar lo que es posible o no compartir en los distintos contextos de comunicación con otros, de la internalización de interdicciones, así como de pautas morales y éticas. Para ello es importante haber adquirido la capacidad de guardar para sí lo comunicado por otro cuando supone una actitud de cuidado, de respeto por lo que pertenece a la intimidad del otro, especialmente cuando le ha sido confiado en un ámbito preservado por el *secreto profesional*, como es el del análisis. Es por ello que propongo en esta ocasión este texto, presentado en el 50° Congreso de IPA sobre Intimidad², como fuente de reflexión en torno a las condiciones de estructuración psíquica que hacen posible lo que yo llamo *capacidad para la confidencialidad*. Esta capacidad es, a mi modo de ver, solidaria con la función analítica y la abstinencia. Del mismo modo que tantas otras cualidades importantes para ser analista —como la capacidad de escucha, de tolerancia a la frustración, la postergación de las aspiraciones narcisistas, etc.—, hay en esta capacidad un aspecto personal del devenir sujeto y algo que se forja y se transforma en mayor o menor medida en el propio análisis y las instancias de formación a través de aprendizajes y figuras de identificación, valores de la comunidad analítica a la que se pertenece, etc.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. ema.pdl@gmail.com

2 50° Congreso de IPA «Intimidad». Panel «L'intimité, la communication primitive, la communication psychanalytique» (diciembre de 2017). *International Journal of Psychoanalysis*, 98(6), 1802-1804.

Ante la convocatoria para reflexionar sobre el tema de la confidencialidad, entiendo que el texto que sigue desarrolla diversos aspectos relativos a las condiciones y experiencias intersubjetivas e intrapsíquicas de la primera infancia, en la que el psiquismo adquiere funciones que hacen posibles las bases para que un individuo pueda hacer suyo el valor de la confidencialidad y la discreción en cualquier orden de la vida. La constitución de lo íntimo, la construcción de la intimidad con los otros va desde el registro corporal primitivo, la adquisición del control esfinteriano, atravesado por la necesidad de interdicción y habilitación de lo pulsional en los vínculos familiares, como veremos a continuación. Los procesos analíticos con los pacientes suponen, para desplegarse, la creación de condiciones de intimidad y muchas veces de constitución de un espacio psíquico íntimo que no se ha conformado en el paciente. Para habilitar estas posibilidades en los pacientes, el analista debe haber transitado él mismo la constitución de lo íntimo, junto con la capacidad para lograr el grado de intimidad posible en cada vínculo analítico, enmarcado en límites y en la regla de abstinencia, que hacen al posicionamiento simbólico del analista. No sería posible llevar adelante procesos tan delicados si no se fuera creando una situación de confianza en la que el paciente cuente con la confidencialidad por parte de su analista.

APROXIMACIÓN A UNA CONCEPTUALIZACIÓN PSICOANALÍTICA DE INTIMIDAD: INTERCORPORALIDAD- ESPACIO PSÍQUICO-ESPACIO INTERSUBJETIVO

Tomaré el desafío de pensar psicoanalíticamente la idea de intimidad. En el lenguaje común, *intimidad* convoca una forma de estar con otros en un clima de confianza recíproca, proximidad física y afectiva. La posibilidad de intimidad con otro va de la mano con la constitución en el sujeto de *lo íntimo*, lo privado, lo que no se comparte.

Estas conquistas pueden quedar afectadas en la peripecia subjetiva de quienes han transitado impedimentos, fallas o daños durante el proceso de establecimiento de la intimidad. Lo que entiendo por intimidad excluye los intentos fallidos de crear intimidad, las intimidades violentadas, basadas en el intento de anular la alteridad y el deseo del otro.

La intimidad es, pues, un fenómeno intersubjetivo que se construye, un logro que requiere el pasaje de la intercorporalidad de los orígenes al espacio intersubjetivo que contiene dos espacios psíquicos diferenciados. Se da en tres tiempos lógicos que se retroalimentan a lo largo de la vida.

En un primer tiempo, podemos hablar de la intimidad primitiva de los inicios de la vida, que se refiere a experiencias de la mayor proximidad corporal y vivencia fusional, con cualidad erógena, que dan lugar a la ilusión de existir por sí mismo, si seguimos a Winnicott. Esta ilusión es el germen de la confianza, sentimiento que surge del sostén incondicional y da cuenta de un narcisismo suficientemente alimentado. En un segundo tiempo, va emergiendo un espacio psíquico diferenciado que hace posible lo íntimo como condición de un sujeto separado. En un tercer tiempo se logra una forma de intimidad intersubjetiva (no fusional) atravesada por interdicciones, en una proxemia que preserva lo íntimo de los sujetos. Es un estado compartido en el que coexisten espacios íntimos diferenciados, como parte del reconocimiento de la alteridad. La experiencia del encuentro con el otro y de lo íntimo de sí se articula con el deseo con su marca de espera, de noción de la distancia entre sí y el otro.

Intimidad remite a espacialidad. Se relaciona con la proxemia, que es el uso y la percepción del espacio físico propio con los otros. Creo que siempre se trata un espacio somatopsíquico y de una espacialidad que vacila entre interior y exterior. No refiere a un adentro y un afuera, sino a una continuidad que se sostiene en la representación imaginaria del tubo digestivo y las mucosas de los orificios, en continuidad con la piel como envoltura y borde del cuerpo. *Lo íntimo es lo que circula y se subjetiviza, lo que, originándose en el vínculo, se hace propio. Podemos entonces concebir lo íntimo como el doblez subjetivo de la intimidad, y la intimidad como el trazo imaginario que contiene y delimita lo íntimo de los sujetos involucrados.* Lo íntimo es una construcción imaginaria consustancial a la constitución de lo psíquico propio. Los diferentes vínculos, en diferentes momentos, dan cuenta de una distancia recíproca singular, implícita, que deja huellas en las distintas experiencias, creando una representación intrapsíquica del grado de intimidad que los caracteriza. La auténtica intimidad requiere de dos partes que acuerdan consciente e inconscientemente hasta dónde compartir, en función del propio deseo y el reconocimiento del deseo

del otro, lo que supone también una representación intersubjetiva de la intimidad de ese vínculo.

LO ÍNTIMO Y LA CONSTITUCIÓN DE LA INTERIORIDAD

Íntimo procede del latín *intimus*, que es el superlativo de *interior*. ¿Pero de qué interioridad se trata? Lo íntimo se construye sobre las representaciones imaginarias del cuerpo, a partir de la adquisición de cierto control del cierre de los orificios corporales. La succión del pecho supone abrir y cerrar el orificio bucal para graduar el pasaje de la leche, configurando una primera sensación de interioridad a partir de una sustancia externa en su recorrido por el tracto digestivo. En esa época, los orificios anal y uretral permiten una salida incontrolada de estas sustancias. En particular, el dominio posterior del esfínter anal supone el primer control activo de la musculatura, que adquiere un valor relacional, una posición activa en el intercambio. Las heces se pueden dejar salir o retener. *En la piel y su discontinuidad orificial es donde se juega la constitución de lo íntimo, la regulación del intercambio de la intimidad, y, por ello, donde se asienta la mayor vulnerabilidad frente a la violencia del otro.* Los extremos del tracto digestivo, boca y ano, son frecuentemente asiento de cierre y rechazo activo respecto del ambiente, mientras el canal visual, el auditivo y el olfativo, y la piel permanecen naturalmente abiertos y más expuestos a la recepción pasiva de la intromisión del otro, más cuanto más pequeño es el niño.

El pensamiento y las fantasías toman sus materiales de las sensaciones propioceptivas y exteroceptivas ligadas al contacto con el otro, en los recorridos de las sustancias y los estímulos sensoriales que este le provee y que se transforman en el interior del cuerpo, procesando lo externo en interno. Se produce así ese doblez fácilmente reversible y fuente de un proceso siempre inacabado entre sí y el otro. A nivel imaginario, la intimidad posibilita la producción de una interioridad somatopsíquica. El «interior» psíquico se asienta en el sentimiento de agencia en el cierre y la apertura de los orificios para el intercambio con el otro, pero se consolida en la adquisición de la capacidad activa de cierre, de control del esfínter anal, concomitante a la posesión de las heces, las palabras, las fantasías secretas. Y también en el dominio muscular que permite la marcha, alejarse del

otro, ausentarse del otro, en una reestructuración del cuerpo y lo psíquico. Ser uno mismo el objeto que se ausenta. La capacidad de pensar y fantasear secretamente está ligada a ausentarse del otro. Separarse y juntarse en actos de cierre y apertura, ir y venir, lejos y cerca: referentes espacio-temporales de lo íntimo y la intimidad.

CONSTRUCCIÓN DE LA INTIMIDAD Y HABILITACIÓN/INTERDICCIÓN DE LO PULSIONAL EN LOS VÍNCULOS FAMILIARES

En la díada temprana «suficientemente buena» se generan diferentes espacios (fusional, compartido, diferenciado, etc.) ligados a las variaciones en la proxemia, tanto en lo corporal como en lo psíquico, creando el sentimiento del propio existir junto con el otro. Del lado de la madre o el cuidador, es importante que habilite los ritmos, espacios y deseos en sus diferencias, sepa ausentarse y permita que el niño tenga pensamientos propios, no compartibles. Lo íntimo del espacio psíquico se relaciona con la capacidad de estar a solas en presencia del otro, tal como señaló Winnicott. Agregaría en presencia y aceptando la opacidad subjetiva del otro.

La parentalidad implica la necesidad de ejercer una «función diferenciadora parental»³. Esta función se apoya en la delimitación de un espacio íntimo de pareja y la inscripción previa de la diferencia en el vínculo para permitir el trabajo sobre el reconocimiento de las diferencias a todo nivel. Lo opuesto a la existencia de compuertas abiertas corporales y psíquicas entre padres e hijos. Cuando esta función falla, suele mostrar en acto, en los pequeños eventos cotidianos o en las palabras, la violación de lo íntimo del

3 Este concepto es desarrollado por la autora en el artículo «Función diferenciadora parental: Matriz de la alteridad y la diferencia sexual» (Ponce de León, 2017): «La función diferenciadora parental tal como la propongo opera desde la madre o el cuidador primario, sustentada en el reconocimiento previo del lugar del otro parental como diferente de sí, además de la necesidad de la presencia de ese otro. Sin embargo, es fundamental la aparición para el niño de un tercer objeto, para redimensionar la diferencia, resignificar de un modo nuevo, en un espiral progresivo de complejidad, el universo de diferencias vivenciado con el objeto primario. Este tercer objeto introduce un tercer lugar en el mundo intersubjetivo y en las representaciones internas del bebé. Hablo de tercer objeto y de tercer lugar, como una configuración independiente del sexo o del género del objeto, considerando que el reconocimiento de la otredad es condición para ocupar los lugares relativos y diferenciados del deseo edípico» (p. 77).

otro y el abuso de la intimidad compartida. La intimidad genuina se instala gracias a la interdicción del exceso de lo pulsional y la habilitación de lo que se puede mostrar, decir, oír, mirar, tocar, etc. Esto genera confianza en la preservación de lo íntimo y en la posibilidad de construir intimidad con otros. Sin embargo, las modalidades de la intimidad en una familia también dependen de lo cultural y de variables socio-económicas que condicionan el uso de los espacios físicos y las posibilidades reales de privacidad.

La intimidad como fenómeno del campo intersubjetivo tiene relación con la sexualidad. Permite el tránsito desde experiencias de placer y seducción mutua entre el niño y sus padres, relacionadas con el emerger del deseo y el despertar de la sexualidad infantil, hacia el establecimiento de los diques que preservan el espacio de cada sujeto en relación con su propio placer (surgimiento de lo íntimo) y, por lo tanto, de los límites entre los sujetos y las interdicciones. La intimidad supone sostener las diferencias dentro de un espacio común compartido, es lo contrario de la transparencia y la indiscriminación, o la promiscuidad. Se construye en el ámbito familiar, con espacios comunes intersubjetivos y espacios íntimos subjetivos diferenciados. No todo se comparte en una familia. Una niña de tres años se instala en la tina de baño con algunos juguetes. Dice a su madre que se vaya, que la deje sola, y se la escucha cantar: «Soy la reina del mundo, y no dejo entrar a nadie». Momento decisivo del disfrute secreto, del sentimiento de dominio del espacio íntimo y de creatividad.

En el trabajo con niños es frecuente que pidan que no se mire lo que hacen o lo que dibujan hasta que ellos lo permitan, mostrando así la importancia de crear un espacio íntimo en presencia de otro y afirmar un sentimiento de control subjetivo de esa intimidad.

Por lo tanto, más allá de la familia, crear intimidad supone interdicciones y el garante de que es posible acordar el grado de intimidad con los otros. El placer está ligado también a la posibilidad de intimidad física y psíquica, con apertura de lo íntimo, en grados diversos, a veces como parte de una ilusión fusional transitoria, como sucede en la relación sexual. El acceso a la genitalidad supone una reformulación de la intimidad compartida.

Cuando este proceso de construcción fracasa, la posibilidad de intimidad genera mucho temor y se vive como una amenaza. El fracaso se manifiesta en los desbordes de un cuerpo y un psiquismo sin clausura, abiertos

o semiabiertos, lo que denota fallas en la constitución de lo íntimo. En la opacidad del psiquismo se construye el fantasma singular como creación subjetiva instituyente de sí. El fantasma recoge lo invisible aparente pero activo de la trama vincular inconsciente que rodea al niño. En la intimidad familiar se cruzan los hilos de los fantasmas inconscientes de los padres, al modo de un tejido que sostiene y da cuerpo o al modo de una telaraña que atrapa y constriñe el movimiento espontáneo y creativo de la fantasmatación subjetiva. Los fantasmas inconscientes tóxicos incluyen muchas veces secretos transgeneracionales, como lo no subjetivado de los padres.

La clínica de lo traumático afecta en distintos grados la capacidad para la intimidad. Las situaciones en las que el otro vulnera la intimidad tanto física como psíquica constituyen un camino de lo traumático. La vivencia del otro como intrusivo o atacante, impredecible, sin filtros que tamicen el dolor o el exceso de excitación que afecta lo íntimo del sí mismo inhiben toda posibilidad de intimidad, creando distancia y temor a la proximidad. Muchas veces se crea una coraza para reforzar los límites protectores y evitar el contacto, tal como lo ha conceptualizado Winnicott con la noción de falso self. Otras veces se actúa en una seudointimidad corporal y sexual que evita toda intimidad psíquica y afectiva. Se puede ejercer o aceptar un arrasamiento de los límites del cuerpo y de la mente, de la relación con otros, en una repetición de lo traumático mortífero, en lo que sería una perversión de la intimidad. En un extremo de violencia, el despojo de la intimidad es utilizado como instrumento de tortura y de destitución subjetiva. La tortura utiliza, como forma de extirpar lo más íntimo, los «secretos», la violación de los límites corporales, ilustrando de un modo terrible pero certero la profunda unidad somatopsíquica de lo íntimo.

LA CONSTITUCIÓN DE LO ÍNTIMO EN EL DOMINIO ESFINTERIANO Y EL EROTISMO ANAL

Si en lo oral hay una vivencia de satisfacción ligada al auxilio ajeno, en lo anal la satisfacción está ligada al sentimiento de dominio del propio cuerpo sin el auxilio ajeno. Por eso el dominio esfinteriano y el erotismo anal son estructurantes y reorganizan lo psíquico bajo el signo de la potencial autonomía del otro. Esto va de la mano con el logro de procesos

psíquicos asentados en lo corporal, como la construcción imaginaria de la interioridad y de lo íntimo como espacio del pensamiento.

En este logro se refleja el tránsito previo por la dependencia total y la contención familiar hecha de habilitación/interdicción. El acto de deponer las heces ocurre primero como un vaciamiento pasivo, pero pronto se van estableciendo referentes propioceptivos y olfativos, acompañados de acciones de la madre, gestos y palabras que otorgan significados durante el cambio de los pañales. El placer solitario va convirtiéndose en intercambio valorizado. Cuando el niño comienza a dominar su motricidad y a caminar, también se modifican sus sensaciones y su relación con el esfínter anal. El ambiente interviene prohibiendo acciones motoras peligrosas o incontroladas. Propone un lugar específico donde deponer las heces. El niño puede controlar el puro empuje pulsional y también vehiculizar el amor y odio, la ambivalencia, el negativismo, etc. Si todo va bien, es un momento clave de descubrimiento del placer de hacerlo a solas, fuera de la vista de los otros, en un proceso de repliegue donde las sensaciones propioceptivas, viscerales y musculares amalgamadas, la erogeneidad anal y la catectización de las heces van en paralelo con procesos mentales y fantaseo estructurantes, así como con el lenguaje. La palabra da cuenta de la pérdida y de una nueva forma de apropiación. Se instituye una dinámica del don, de aquello que siendo creado por el sujeto puede volcarse en el mundo, perderse y destruirse sin que signifique la pérdida de sí ni del otro. Se conserva el pensamiento y el placer de imaginar, desligados de los eventos materiales: se simboliza.

PARA CONCLUIR

Los procesos descriptos, que parecen tan lejanos cuando se trata de un adulto, están sin embargo implícitos en toda la trama de su ser y de sus relaciones con los otros, no solamente del lado de los pacientes, que llegan con distintos grados de malestar o sufrimiento ligados a dificultades con estos aspectos, sino también del lado del analista. La relación analítica es un escenario privilegiado en el que se reeditan y también se crean procesos nuevos, una intimidad que le es propia, con un lado inefable del que no puede dar cuenta el lenguaje. Hay algo estructuralmente confidencial en la

relación analítica. Por ello, las instancias donde se comparten situaciones clínicas son relatos y construcciones cuyo valor está lejos de los hechos, de la tentación de desviarse en lo imaginario, en el goce exhibicionista. Su valor reside en el trabajo de simbolización compartible que nos sostiene y da marco a la cura, especialmente sujeta a interdicciones, entre ellas, la confidencialidad. Las fisuras en la confidencialidad dan cuenta de fallas en la construcción de una intimidad genuina entre analista y paciente, basada en un pacto implícito, en que ambas partes preservan del afuera tanto el dolor como el júbilo íntimo de los momentos de encuentro con algo de sí a través del otro. ♦

RESUMEN

En el presente artículo la autora propone la articulación de su conceptualización psicoanalítica de la intimidad y de lo íntimo como condiciones de estructuración psíquica de la primera infancia que hacen posible lo que llama «capacidad para la confidencialidad».

Propone la intimidad como un fenómeno intersubjetivo que se construye basándose en referentes espacio-temporales y somáticos, y destaca la importancia de estos últimos como consustanciales a la constitución psíquica. La intercorporalidad de los orígenes da paso a la constitución de un espacio psíquico diferenciado y de lo íntimo, y a la intimidad intersubjetiva atravesada por interdicciones. Lo íntimo se define como una construcción imaginaria que, originándose en el vínculo, se hace propia, dando lugar a la producción de una interioridad somatopsíquica y del pensamiento. Lo íntimo se asienta en el sentimiento de agencia en el cierre y apertura de los orificios corporales para el intercambio con el otro y se consolida en el control del esfínter anal. El dominio esfínteriano y el erotismo anal son estructurantes y reorganizan lo psíquico bajo el signo de la potencial autonomía del otro. Ser uno mismo el objeto que se ausenta, que puede pensar y fantasear secretamente.

Se subraya la relación entre la intimidad y la sexualidad, la cualidad erótica de estos procesos y la necesidad de interdicción por parte de los padres del exceso pulsional, así como de la habilitación de lo que se puede mostrar, decir, oír, mirar, tocar, etc. La autora subraya la importancia de que opere una «función parental diferenciadora» desde la cual sostener las diferencias dentro de un espacio común compartido, contrario a la transparencia y la indiscriminación. La clínica de lo traumático afecta en distintos grados la construcción de la intimidad, manifestándose en desbordes de un cuerpo y un psiquismo sin clausura, abiertos o semiabiertos, denotando fallas en la constitución de lo íntimo y de la fantasmaticización subjetiva.

Esta reflexión teórica sobre los inicios muestra que el desarrollo de la capacidad para la confidencialidad es internalizada por el analista en su experiencia personal y analítica, resultando solidaria con la función analítica y la abstinencia. Por todo ello se plantea que la relación analítica es estructuralmente confidencial y que las fisuras en la confidencialidad dan cuenta de fallas en la construcción de una intimidad genuina entre analista y paciente.

Descriptor: INTIMIDAD / ANALIDAD / EROTISMO ANAL / MATERIAL CLÍNICO / SECRETO / INTERDICCIÓN / DIFERENCIACIÓN / SUBJETIVACIÓN

SUMMARY

In this paper, the author articulates her conceptualization of intimacy and the intimate as conditions for the psychic structuring process in early infancy which make possible what the writer calls “capacity for confidentiality”.

The paper considers intimacy an intersubjective phenomenon built on the basis of time-space and somatic references, underscoring the importance of the latter as consubstantial to psychic constitution. The interbody bond of the origins gives rise to the constitution of a differentiated psychic space and of the intimate and to an intersubjective intimacy pierced by interdictions. The intimate can be defined as an imaginary construction

which, originating in the bond, is seized, and gives rise to the production of a somatopsychic inner life and of thought. The intimate settles in the feeling of agency of closing and opening body orifices for the interchange with the other and becomes consolidated with anal sphincter control. Sphincter mastery and anal eroticism are structuring processes and reorganize the psyche under the sign of the potential autonomy from the other. The experience of being the object that can leave, think and secretly phantasize.

The link between intimacy and sexuality is underlined, as well as the erogenous quality of these processes and the need for the interdiction of the drive excess by the parents together with their enabling what can be shown, said, heard, seen, touched, etc. The author emphasizes the importance of the operation of a “differentiating parental function”, from which it is possible to sustain the differences within a shared common space, contrary to transparency and indiscrimination. Clinical work with the trauma shows us how it affects the construction of intimacy up to different points, expressed by the overflow of a body and a psyche without closings, open or semi-open, the result of failures in the constitution of the intimate and of subjective phantasies.

This theoretical reflection about the origins shows that the development of the capacity for confidentiality is internalized by the analyst in his personal and analytical experience, and becomes supportive of the analytic function and abstinence. Because of all this, the paper suggests that the analytic relation is structurally confidential and that breaches in confidentiality are the result of failures in the construction of a genuine intimate between the analyst and the patient.

Keywords: INTIMACY / ANALITY / ANAL EROTISM / CLINICAL MATERIAL / SECRET / INTERDICTION
/ DIFFERENTIATION / SUBJECTIVATION

BIBLIOGRAFÍA

- Ponce de León, E. (2017). Función diferenciadora parental: Matriz de la alteridad y la diferencia sexual. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 125, 69-82.
- Winnicott, D. W. (1986). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En D. W. Winnicott, *Realidad y juego* (pp. 17-45). Buenos Aires: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1951).
- (1993). La distorsión del yo en términos de self verdadero y falso. En D. W. Winnicott, *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp. 182-199). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1960).
- (2011). La capacidad para estar solo. En D. W. Winnicott, *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp. 36-46). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).